

Palencia, 26 de noviembre de 2005.

Amigos y hermanos, diocesanos de Orihuela-Alicante:

Con estos dos sustantivos, de rico contenido, os saludo cordialmente en el momento en el que el Papa Benedicto XVI deposita en mí su confianza y pide que sea vuestro obispo. Agradezco muy sinceramente lo que esto significa y, en comunión jerárquica cum Petro et sub Petro, doy gracias al Señor con el Santo Padre, con los diocesanos de Palencia que han peregrinado conmigo estos años –son cerca de 10- y con todos vosotros que ya sois míos, porque también yo comienzo a ser vuestro. “El mejor modo de hacerse amar, escribió el Hermano Carlos de Foucault, es amar”. Iniciaremos pronto la andadura nueva, de la mano del Señor y con la ayuda de la Señora, en sus advocaciones queridas de Monserrate y del Remedio.

Recibo la noticia, como podéis suponer, con la sorpresa que acompaña siempre a quien, tranquilo y gozoso en el lugar de la obediencia, ha de salir de allí para seguir moviéndose desde otro punto del recorrido. Con nuevos hermanos y hermanas, desconocidos en buena parte, pero comprometidos igualmente en llegar a la meta juntos. Meta que tiene nombre: Cristo Jesús, nuestro Salvador.

No es momento de más consideraciones. Pero sí de enviar un abrazo fuerte, lleno de afecto y gratitud, al Hermano y amigo D. Victorio Oliver. Sé que lo estimáis de verdad y que os quiere tanto. Y con él, a D. Pablo Barrachina, que dejó, tiempo ha, en manos de D. Francisco Álvarez, el timón de la barca diocesana, y que sigue remando desde la retaguardia orante.

Saludo con ellos y me ofrezco a todos los sacerdotes del Presbiterio diocesano, a los seminaristas, mayores y pequeños, a los consagrados y a los seglares que, en movimientos, asociaciones y grupos, o solos, son Iglesia en el mundo.

Saludo también a las Autoridades de Orihuela, de Alicante y de los demás municipios. A las Autoridades provinciales y autonómicas. A cuantos realizan tareas de responsabilidad en tantos campos de la convivencia social y a los que colaboran con ellos.

Saludo a las familias, a los enfermos, a los inmigrantes y a los que sufren cualquier tipo de soledad, carencia o limitación. Estoy ya al lado de todos y cada uno y los encomiendo en mi oración. Pido que el espíritu de trabajo de todos y cada uno siga traduciéndose en laborioso apostolado para la construcción del Reino de Dios.

“Me dispongo a iniciar este ministerio, en idéntica actitud con que quiso hacerlo Benedicto XVI, abandonándome humildemente en las manos de la Providencia divina”. Ella cuida de todos y de cada uno.

Muy sinceramente,

+ Rafael Palmero, Obispo